

El Cuento Semanal

≡ LA LEYENDA DEL GAUCHO ≡

NOVELA POR MANUEL
UGARTE — ILUSTRACIONES DE PEDRERO



30 cénts.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90 }
Teléfono 2054 } Madrid
Apartado de Correos núm. 409 }

AÑO I - 19 JULIO 1907 - N.º 29

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.
Semestre 6 pesetas. Año 11.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

Libros y Revistas

Vendimias juveniles, por Manuel Ugarte. — Garnier Hermanos, Libreros-Editores. París.

Se trata de un libro de versos. En el prólogo el autor explica la índole varía de estas composiciones, buenas únicamente, según él, para murmuradas «al caer del crepúsculo entre dos bocas».

«Todas estas estrofas — dice —, que se retorcerían y desaparecerían en un segundo si las quemara, representan paisajes, risas, tristezas y sueños locos... Son las tempranas palpitaciones de una existencia, las vendimias de mi primera juventud... Si van al libro con su sinceridad de niños desnudos, no me lo reproche el lector, que todo ello ha tenido la ingenuidad de las rosas. Salte esas páginas si le disgustan, que más lejos hallará otras, igualmente juveniles, aunque menos primaverales. Pero no me exija que borre de un trazo el color de las auroras. En medio de las alegres fiestas venecianas de nuestra juventud, cuando en las góndolas enguinaldadas de ilusión van nuestros corazones á conquistar lunas, siempre aletean en la sombra, como preludios de porvenir, algunos besos...»

Este es, efectivamente, el rasgo que caracteriza los versos de Manuel Ugarte: la espontaneidad. Hay en todos ellos un encanto fácil, tranquilo, sin torturas de pensamiento ni de forma, que nos dice cómo fueron escritos al correr de la pluma después de una cena íntima; ó en la cama, con un brazo apoyado en la almohada y los ojos fijos en una cabeza, rubia ó morena, dormida entre encajes.

Al final del volumen hay composiciones valientes que levantan el ánimo y lo excitan á la rebelión y al combate; otras son puramente amorosas. Algunas, como la titulada *Expiación galante*, tienen una penetrante delicadeza:

— Un audaz ladrón te invoca
para perdonar su exceso.
— ¿Qué ha robado?
— Sólo un beso.
— ¿Y en qué rosal?
— En tu boca.
— Me da tu crimen sonrojos.
— ¿No hay perdón?
— Eso recelo.
— Lo hallaré.
— ¿Dónde?
— En el cielo.
.....
Y la di un beso en los ojos.

Otras son vagas, imprecisas, como perdidas en el hechizo flotante de las noches de luna. Sirva de ejemplo la titulada *En Venecia*:

Cantaba el barquero...
la barca corría...
— ¿Me quieres?
— ¡Te quiero!
de pronto se oyó...
La mar silenciosa
dormía soñando...
— ¡Mi esposo!
— ¡Mi esposa!
.....
La barca pasó.

Algunos críticos descontentadizos, seguramente tildarán los versos de Manuel Ugarte de incorrectos, y acaso tengan razón... Pero eso, ¿qué importa cuando «el fondo», lo sustantivo, es fuerte y jugoso?

Vendimias juveniles es un buen libro, uno de esos raros libros que tienen la virtud de evocar en nosotros recuerdos. **Cantos augurales**, por Armand-Vasseur. — O. M. Bertani, Editor. Montevideo.

Armand Vasseur es el seudónimo con que el distinguido escritor Américo Llanos ha firmado multitud de poesías. En *Cantos augurales*, como en todos los libros del mismo autor, hay mucha originalidad y un poderoso vigor de pensamiento.

La Semana Teatral

Gran Teatro. — Con la zarzuela en un acto *El solitario*, letra del Sr. Fernández Lapuente, música del maestro Torregrosa, celebró noches atrás su beneficio el popular primer actor Enrique Chicote.

La música de la nueva obra es «soportable», y bien sabemos que el maestro Torregrosa, que lleva escritas en el transcurso de su larga carrera muchas y muy inspiradas páginas, no pudo hacer más. Del libreto no queremos hablar. ¿Para qué? Es una equivocación lamentable, sin asunto, sin gracia. Olvidémosla...

El Solitario, no obstante sus grandes defectos, logró salvarse de las iras del público que llenaba el teatro, merced al donaire y heroico celo con que la defendieron el *gros rire* de Enrique Chicote y el exquisito arte de Loreto Prado.

Chicote, después de realizar una buena campaña de once meses en el Gran Teatro (hazaña que ningún otro empresario ha realizado, porque aquel coliseo descentrado es antipático al público de Madrid), reanudará sus tareas el día primero de Septiembre en el teatro Cómico.

Esa noche, según buenos informes, «debutará» como autor nuestro querido amigo Pepe Loma (*Don Modesto*).

Circo de Parish. — El gran acontecimiento de la semana ha sido la reaparición del tranformista Mr. Bertin, el imitador incomparable de las grandes «estrellas» de los cafés-conciertos de París.

Bertin, con sus medias caladas, sus vistosas faldas frutantes de coupletista, sus largos corsés y sus aparatosos sombreros de cortesana, estuvo asombroso. En su cuerpo protéico reencarnaron las figuras más salientes del «género infimo» francés: la veterana Ivette Guilbert; Claudina Poilaire, la célebre «fea» que ha hecho repetir á todo París la canción de *La chauffeuse d'automobile*; la Polin, Ana Tibaut, la excéntrica Dranem..., etc.

Mr. Bertin constituye una preciosa adquisición para la empresa del Circo de Parish.

Parisiana. — Este elegante teatrillo, construido con arreglo á la arquitectura de los mejores *music-hall* de verano, continúa siendo el punto de reunión de la más distinguida sociedad madrileña.

Hay allí una buena compañía de *variétés*, zingaros, cinematógrafo, etc.

Bajo los árboles de *Parisiana* y entre los macizos de flores, estas noches estivales pasan dulcemente.

Zarzuela. — Mañana sábado, según dicen los periódicos, comenzará á trabajar en este teatro la compañía cómica que dirige el primer actor Manuel Salvat y de la que forman parte:

Alba (Irene), Alvarez-Segura (Amparo), Adsuar (Concepción), Calzado (María), Giménez (Antonia), Más (Isabel), Segura (Josefa), Soriano (Dolores), Villabona (Mercedes), Avalos (Carlos), Caba (Manuel), Cernadas (Luis), Herrera (Antonio), Longoria (Ramón), Llorens (Federico), Mijares (Marcelino), Palacios (José), Ruiz de Arana (Ernesto), Salvat (Manuel), Torregrosa (José), Velázquez (Lorenzo), Viñas (Constante), Zorrilla (Pedro).

Las obras de presentación serán *¡Lagartol! ¡Lagartol!* y la preciosa comedia de Jacinto Benavente titulada *Los malhechores al bien*.

Refrescarán el local poderosos ventiladores eléctricos.

LA LEYENDA DEL GAUCHO

(CUENTO ARGENTINO)

I

CUANDO Buenos Aires no era todavía la ciudad grandiosa que todos admiran hoy, sus costumbres conservaban cierto dejo de ingenuidad fresca y romántica que aun persiste en la memoria, á pesar del tiempo transcurrido y de las maravillas que se han realizado después. La fiebre moderna, el lujo ultraeuropeo y la gravedad anglo-sajona, clasifican una evolución feliz de nuestro carácter y denuncian un avance portentoso de la colectividad, pero no consiguen destruir el encanto de las visiones apacibles de nuestra primera juventud. Porque han de saber los lectores de EL CUENTO SEMANAL que el cambio en cuestión data apenas de fines del último siglo. No es necesario ser abuelo para poderlo contar. Cuando

el que os habla tenía quince años, es decir, en 1893, Buenos Aires era todavía una ciudad de segundo orden, cuya tendencia emprendedora, por grande que fuera, no dejaba adivinar tan portentoso porvenir. Con el millón de habitantes vinieron después el empuje devorador, la tiesura y los automóviles; pero en las épocas en que empieza este relato era aquélla una ciudad juvenil y *sans façon*, donde los novios hablaban por la reja, los teatros ganaban dinero con el género chico y los tranvías resbalaban modestamente al trote parsimonioso de sus caballos.

Lejos de mí la peregrina idea de lamentar la desaparición de aquellos tiempos ó de condenar

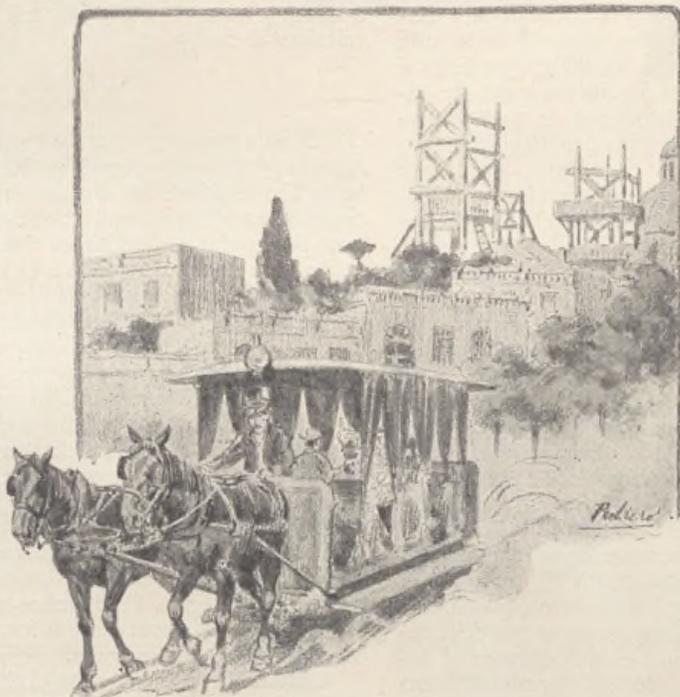
los adelantos actuales, que son la afirmación victoriosa de nuestra nacionalidad. Si yo tuviera las llaves del progreso, en vez de ponerlo en circulación gradualmente, lo volcaría todo de una vez sobre la tierra para favorecer el triunfo y el bienestar de los hombres. Pero eso no quita que aquellas costumbres, un tanto ingenuas y patriarcales,

hayan dejado en el corazón una fragancia que persiste. Todos llevamos nuestra alma y nuestra historia condensadas en un minuto de nuestra vida; y ese recorte de pasado, ya melancólico, ya alegre, es casi siempre el jardín donde se recrea la imaginación.

Decíamos, pues, que Buenos Aires era en 1893 una hermosa ciudad de 600.000 habitantes, que, aunque moderna y adelantada, conservaba algunos usos y tradiciones de pueblo chico. La improvisación había sido tan rápida, que

los mismos que la determinaron se veían en la imposibilidad de seguirla. De ahí una contradicción pasajera entre el progreso material y las costumbres, y de ahí un estado encantador donde se conciliaba el bienestar de una ciudad moderna con los resabios de la simplicidad del coloniaje. Las familias ricas, lejos de ir como ahora á pasar el verano á Mar de Plata, se contentaban entonces con emigrar al Tigre, á Adrogué, á Lomas, y sobre todo á San José de Flores, que es hoy un barrio de la capital hormigueante, y que por aquel tiempo parecía el refugio más indicado para atenuar los rigores de la estación estival.

San José de Flores era una pequeña población,





diminuta y sonriente, agrupada á ambos lados de una calle anchísima que continuaba llamándose calle Real. Un ferrocarril jadeante que rodaba penosamente sobre un terraplén mal nivelado, y un tranvía muy lento que resbalaba entre nubes de polvo, la ponían en comunicación con Buenos Aires y la daban cierto aspecto animado de estación termal. La hermosa iglesia, entonces en construcción, erguía sus torres desiguales rodeadas de andamios, ante una plaza cuadrada llena de árboles muy verdes, bajo los cuales sonreía el kiosco

dónde tocaba al anochecer la música militar. Un teatro, un «club social» y dos docenas de tiendas, más ó menos lujosas, donde se vendía cuanto era menester para aquella clientela acaudalada y exigente, completaban el cuadro reducido de la calle principal. Pero lo que daba verdadero carácter á la población, lo que hacía de ella un lugar de reposo y de recreo, era la profusión de quintas alegres rodeadas de jardines que se multiplicaban en todas direcciones bajo el cielo invariablemente azul. Unas parecían pequeñas y modestas, otras eran vastísimas y suntuosas, pero todas se ajustaban á un mismo tipo ecléctico, en el que se fundía la tradición andaluza con las preferencias afrancesadas del criollo.

La sala miraba casi siempre al jardín. Por las ventanas, con reja, se veían las otras habitaciones y el gran patio interior con sus corredores descubiertos, sus enredaderas invasoras y fragantes, y sus tinajas solemnes, donde se recogía el agua de las lluvias. Detrás se abría la huerta con el gallinero bullicioso, los parrales, á cuya sombra dormía el perro guardián, y las caballerizas, donde sólo se oía la masticación monótona de los caballos.

Las casas eran casi siempre de un solo piso, y en los jardines no reinaba, como ahora, la moda inglesa. A ambos lados de los senderos, bordeados de arrayán, se desencadenaba una vegetación caprichosa, que no obedecía á ningún sistema ni denunciaba la preparación de un hortelano. Pero del conjunto se desprendía una fragancia silvestre que era como la libre ingenuidad de las flores, hoy sujetas como nosotros á la disimulación y á la fétula. Los jazmines trepaban resueltamente por el muro y lo cubrían con sus brotes finos tachonados de nieve; las magnolias llegaban á la altura de los techos con sus cálices blancos, semiocultos entre las hojas brillantes; la madreselva extendía un ala olorosa sobre el pozo artesiano y sobre el pilón, por cuyas grietas cubiertas de musgo solían asomar su atrevimiento los lagartos; y las violetas diminutas, de fragancia viva y tallos muy cortos, desafiaban



escondidas entre las matas espesas, la curiosidad ambiciosa de las muchachas vestidas de blanco que las buscaban alegremente.

La existencia era también, en conjunto, mucho más simple y más llana. Como los jefes de familia pasaban el día en Buenos Aires ocupados en sus negocios y no volvían á Flores hasta el atardecer, y como las mujeres, los jóvenes y los niños dormían la siesta y sólo salían á la calle cuando bajaba el sol, se podía decir que la vida no empezaba hasta las cinco de la tarde. Pero desde esa hora hasta la media noche era un desborde maravilloso de lujo, de belleza y de buen humor.

Las ventanas se abrían con estrépito; los jardines se poblaban de grupos que desbordaban hasta la acera y la obstruían con sus sillones de mimbre; los carruajes descubiertos, tripulados por señoras y niñas, atravesaban las calles en todas direcciones; los racimos de jinetes gallardos multiplicaban los encuentros y los saludos bajo la sonrisa desconcertante de las novias; y los que regresaban de Buenos Aires después de una jornada de labor, durante la cual habían contribuido á aumentar la riqueza de todos, se fundían en la felicidad general, estrechando la mano á los transeúntes y besando en la frente á los hijos, que les saltaban al cuello.

* * *

En esta atmósfera pasaban sus veranos Luisito Achával y Lisandro Mendezuela. Así que se cerraba la Universidad, los dos amigos iban á reunirse con sus respectivas familias en San José de Flores, y no se movían de allí hasta que se anunciaba el otoño y se abrían de nuevo los estudios. Eran tres meses de libertad y de holganza. En el dintel de los veinte años, cuando todo tiene en la vida el color de las auroras, nada rima mejor con nuestro espíritu que la vida independiente, al margen de las ciudades, en íntima comunión con la Naturaleza.

Luisito y Lisandro se habían conocido de niños y habían continuado paralelamente su educación. De ahí un compañerismo que se transformó muy pronto en intimidad, á pesar de las diferencias de carácter y de fortuna. Achával pertenecía á una de las familias más ricas y encopetadas de Buenos Aires; Mendezuela era huérfano de un pobre capitán de Infantería. Pero ambos se sentían demasiado jóvenes y demasiado puros para advertir el obstáculo que les separaba.

Lisandro comía y pasaba el día entero en casa de Luisito, donde le recibían casi en calidad de





pariente. La inmensa quinta señorial, á través de cuya verja dorada se advertía el jardín inmenso lleno de árboles seculares, era para él tan familiar y tan *suya* como la modestísima vivienda donde su madre se esforzaba por mantener cierta apariencia de bienestar con la mezquina pensión que le servía el Gobierno. Lisandro tenía en casa de Achával su cubierto en la mesa, su silla en el salón y su caballo en las caballerizas. Pero en todo ello había quizá cierta condescendencia de buen tono que él no alcanzaba á advertir, cegado como estaba por su inexperiencia y por la costumbre.

— Venga usted aquí, caballerete — le decía á menudo en broma la señora de Achával —; no me parece justo que quien va á ser un médico notable se estrangule con una corbata nudosa y descolorida. Le voy á regalar á usted una que es un primor.

Y uniendo el gesto á la palabra le ofrecía una lujosa cinta de seda, cuyo lazo se encargaba de hacer ella misma.

Otras veces su amigo le detenía en el momento de salir:

— ¡Qué feos son esos zapatos! ¿Quieres unos míos?

Y le obligaba á entrar al guardarropa y á elegir un par entre los muchos que él desdénaba. Pero Lisandro no veía en todo ello ninguna ofensa. Se había habituado á ser «de la casa», y le parecía muy natural que las cosas fueran comunes. Los trajes de Luisito le venían bien, porque ambos tenían el mismo cuerpo, y los aceptó. Esto le permitía hacer buena figura al lado de aquella gente derrochadora que le arrastraba en la corriente del esplendor y del lujo. Su amor propio no podía despertar, porque no le imponían ninguna humillación, y todo resbalaba sin tropiezo, como si un convenio tácito le otorgara las prerrogativas más altas.

A veces le llamaba el padre de su amigo y le hablaba aparte:

— ¿Cómo van los estudios? Es necesario que las vacaciones no hagan olvidar la gimnasia del trabajo. ¿Se acuerdan ustedes de dedicar dos horas diarias á los libros?

Lisandro contestaba que sí, y como sus exámenes habían sido brillantes y tenía fama de laborioso, no era posible ponerlo en duda.

Entonces daba forma don Pedro Achával á su constante preocupación:

— ¿Y Luisito? ¿Hace progresos? . . . Dele usted valor. . . Oblíguele á avanzar. . . Dígale que su último año de estudios ha sido para mí una decepción. Usted tiene influencia sobre él, y con tan buen ejemplo no es posible que se malogren mis esperanzas. . .

Lisandro salía del paso á su manera. Según él, Luisito era un estudiante modelo, pero en cuanto llegaba el examen se ponía nervioso y lo echaba todo á perder.

Don Pedro movía la cabeza. Bien sabía él que su hijo se mostraba poco inclinado á secundar sus planes. Pero había que vencerle, había que hacer de aquel Achával un doctor, un hombre de prestigio intelectual. . . Violentas rachas de ambición sacudían por entonces á las familias acaudaladas. Los hacendados, los comerciantes, los especuladores, cansados de acumular beneficios, volvían los ojos hacia las bibliotecas y trataban de despertar en sus descendientes la ambición de saber. Era como un supremo homenaje rendido á la ilustración por los hombres emprendedores que, nacidos en épocas rudimentarias, se vieron privados parcialmente de ella y comprendieron á lo largo de la lucha su importancia y su valor.

Luisito condesaba todo esto en una frase:

— Mi padre quiere doctorar á la familia.

Lejos de entregarse al estudio, dedicaba su tiempo á adiestrar caballos, á combinar paseos y á jugar á la pelota en el pequeño frontón que se había hecho construir al fondo de la huerta.

Luisito tenía, por sus ademanes desenvueltos y su sonrisa maliciosa, cierto encanto singular que

forzaba las simpatías. Lisandro era más ingenuo, más basto y más encogido. De su origen y de su primera educación había conservado una indefinible inferioridad en el aspecto, que contrastaba con la resolución y la gallardía de su protector. Este era la resultante de un grupo seleccionado, y parecía haber nacido para disfrutar del bienestar y del triunfo de los suyos; aquél era uno de los primeros elementos de una progenie en formación que pugnaba por elevarse y surgir. Porque la verdad es que si el padre de Lisandro puso al servicio de la ley su combatividad de primitivo, fué porque ya no resultaba posible obrar de otro modo; pero en resolución no había sido más que un bandido legal, cuya arremetida se desencadenaba á cubierto de las revoluciones y de las guerras civiles. Escarbando un poco en él, asomaba el gaucho indómito. De ahí las diferencias de carácter y de aspecto entre Lisandro y Luisito. El primero pugnaba por subir; el segundo había llegado.

Pero los dos compañeros, absortos ante la juventud que les doraba las perspectivas, estaban lejos, como ya hemos dicho, de darse cuenta de estas cosas. La vida libre y sonriente les retenía con sus cabalgatas sin rumbo, sus amoríos platónicos y sus crepúsculos inverosímiles.

* * *

— ¿Sabes una cosa? — murmuró una tarde Lisandro, mientras los caballos, sudorosos y cubiertos de espuma, descendían lentamente por el camino desigual, de regreso de una excursión al vecino pueblo de Liniers.

— ¿Qué cosa? — preguntó Luisito indiferente.

— Algo muy serio, que me trae preocupado. . . — continuó el otro.

— ¿De qué se trata?

— Permíteme antes una pregunta. . .

— Vamos. . .

— ¿Me prometes ser discreto? . . .

— Te lo prometo. . .

— ¿No dejarás escapar una palabra ni en tu casa ni fuera de ella? . . .

— Ya te he dicho que me callaré la boca. . . Pero, ¿qué te ocurre que estás tan misterioso? ¿Has descubierto alguna panacea para curar todos los males y hacer inútil el estudio de la medicina? . . .

Luisito era más alegre que Lisandro, y éste se enfadó, según su costumbre.

— No aspiro á merecer el agradecimiento de los malos estudiantes como tú — repuso malhumorado.

Y luego más tranquilo, añadió:

— ¿Me quieres escuchar?

— ¡Habla, hombre! — estalló Luis, riendo á carcajadas —. Parece que me fueras á revelar un gran secreto.

— Y lo es. . .

— ¡Cómo! ¿Tú tienes un secreto y yo no lo sabía?

Luisito se sintió lastimado en su amistad. Pero Lisandro aproximó su caballo y se excusó:

— No te lo he dicho antes, porque quería tener la certidumbre; estoy enamorado. . .

La tarde desfallecía lentamente en brazos de la noche. En el fondo del camino se hundía un sol

rojo como una gran gota de sangre. Y bajo el cielo azul, cubierto de nubes abullonadas y dispersas, resonaba monótonamente el paso seguro de los caballos.

Luisito soltó las riendas sobre el pescuezo del animal, y levantó cómicamente los brazos al cielo.

Pero Lisandro se negó á sonreír.

— Lo que te digo tiene más importancia de la que tú crees — insistió, preocupado —. ¿No adivinas el cambio que se ha operado en mí?

Entonces el compañero superficial se apresuró á inquirir los detalles de la aventura.

— ¿Y en qué conoces que estás enamorado? — preguntó, mitad en broma, mitad en serio.

— En mil detalles indefinibles — contestó Lisandro —; en una serie de sorpresas, melancolías, adivinaciones, ansiedades y enternecimientos, que no te puedo explicar. Estas cosas no deben ocurrir en la vida como en los libros. Cuando *la veo*, no se me quiere «saltar el corazón del pecho.» Por el contrario, siento un frío y una timidez que me obligan á escapar lo más pronto posible, para evitar el imperio de sus ojos. Sin embargo, así estoy lejos de ella, algo me empuja á buscarla otra vez. . . Hoy la encuentro, mañana no. . . Pero siempre la persigo como un desequilibrado, aunque sé que así que la divise tengo que huir. . . Bajo su mirada se me hiela la sangre en las venas, se extingue mi voluntad, y una agudísima sensación de ridículo me obliga á desaparecer precipitadamente. . . Me parece que, al pasar, se burla de mí. . . Después comprendo que me equivoco, y me arrepiento de mi torpeza. . . Una angustia infinita me devora. . . ¿Qué voy á hacer? . . . Mis nervios no me permiten afrontar su presencia, y sin embargo, no puedo vivir lejos de donde ella está. . . Los planes más inverosímiles asaltan mi imaginación. . . Me vuelvo caviloso, colérico, inconsecuente, desconfiado, ridículo. . . Me complazco en la soledad para gozar mejor de mi tesoro, que es su recuerdo. . . Y cuando un amigo como tú me incita á la confidencia, tomo mil precauciones, como un ladrón, porque me parece que la ofendo al confesar que estoy dispuesto á dar mi vida por ella. . .

— ¿Y dónde la encuentras? — preguntó Luisito, ganado por la emoción de su amigo.

— Donde nos reúne la casualidad: en la calle, en la plaza cuando hay música. . .

— ¿Has hablado con ella alguna vez?

— ¡Jamás!

Los dos jinetes se detuvieron para encender un cigarrillo. Bajo los bigotes nacientes temblaron las ascuas amarillas y olorosas, que los envolvieron en una nube de humo.

Después rompió el silencio Luisito, para volver á interrogar:

— ¿Es más joven que tú?

— Tendrá diez y seis años.

— ¿Ojos negros?

— Negros.

— ¿Cabello oscuro?

— Castaño.

— ¿Vive en Flores?

— Muy cerca de la estación del ferrocarril.

— ¿Desde cuándo la conoces?

— Desde hace tres semanas.

— ¿Se ha apercibido ella de tus emociones?

— No lo sé.

Luisito se encogió de hombros y arrojó una bocanada de humo.

— Escríbele una carta.

— ¿Una carta? — gritó Lisandro con indignación —; ¿pero tú crees, acaso, que se trata de una Lolita Rodríguez, á quien se pueden enviar versos maliciosos y declaraciones de comedia?

Esta alusión á sus inocentes enredos no hizo perder á Luisito su tranquilidad un tanto irónica.

— Eres un niño — declaró con cierta conmi-seración paternal —. Con las mujeres hay que hacer gala de audacia.

Esta suficiencia precoz y pesimista exasperó al enamorado.

— No entiendes una palabra de estas cosas — concluyó, picando espuelas y lanzando su caballo al galope.

* * *

Al llegar á la calle principal los dos amigos se unieron á otro grupo de jinetes. Paco García, Félix Melián y Vicente Rosano tenían aproximadamente la misma edad que ellos, y disfrutaban también del encanto de las vacaciones.

Los cinco descendieron al paso en dirección á la iglesia.

La calle principal estaba á esa hora llena de gente. Los carruajes descubiertos pasaban sin interrupción, tripulados por mujeres hermosas que sonreían bajo las sombrillas multicolores. Era como un concurso de belleza y esplendor. Los caballos briosos y piafantes, guiados por cocheros correctos, parecían arrastrar con orgullo los *breaks* y las vitorias, rumoreantes de conversaciones y de risas. Todo el lujo de la ciudad laboriosa y febril que humeaba al Oeste, se reconcentraba en aquellos paseos del atardecer.

Los jinetes multiplicaban los saludos y los comentarios.

Melián y García conocían á todo el mundo, sobre todo este último, que tenía una lengua feroz.

— Ahí va Betances... ¿Le han visto ustedes?... Parece un rinoceronte, muy repantigado en su asiento, al lado de su mujer, disfrazada de anguila. Mi padre dice que Betances se ha retirado rico de la Bolsa, después de haber liquidado la de los demás... Pero... ¿quién viene en aquel *dog-cart* tan elegante? ¡Vaya, si es Ferreira, el hijo del banquero gubernamental! El fenómeno que sonríe á su lado es una hermana suya, que busca novio y recita versos de Lamartine.

En esto pasó el landó donde iba Lolita Rodríguez con su madre y sus hermanas. Todos saludaron. Y como le llamaran del coche, Luisito se separó del grupo y se adelantó sonriendo. Los demás observaron á distancia la pantomima.

— ¿Lo veis? — reanudó el maldiciente —. La amistad de los padres favorece el acercamiento de los hijos. Si Rodríguez y Achával no hubieran inaugurado juntos el ferrocarril del Nenquén, no podría Lolita aceptar la rosa que nuestro amigo se saca del ojal. Las zalamerías sociales lo cubren todo. Apuesto lo que ustedes quieran á que la mamá le invita á comer esta noche... y á que Luisito acepta... ¡Claro que aceptará! Como que después de la comida saldrán todos al jardín, y



tendrá el tunante más de una ocasión de decir tonterías á la tal Lolita, que es una perla... Porque nadie la creería capaz de tanta audacia... Con su sonrisa á media luz consigue burlar á los suyos... Pero algún día se ha de descubrir el pastel. Y cuando la familia sepa que se escriben y se tratan de tú, no va á ser chico el regaño que se ganen el conquistador audaz y su intrépida Julieta... Pero vean ustedes con qué *chic* representa el malvado su papel... ¡Si parece que no hubiera hecho otra cosa en su vida!... Todas sus atenciones son para la madre... Apenas si, de tiempo en tiempo, vuelve los ojos hacia la única que en realidad le retiene allí... Ahora se despide ceremoniosamente... Midan ustedes el saludo... Se diría que no ha pasado nada y que todo se reduce á un simple encuentro cortés...

Cuando Luisito se reunió al grupo, tuvo que soportar las bromas de todos.

— Hemos admirado desde lejos tu desvergüenza — dijo Vicente Rosano.

— ¿Cuándo te casas? — preguntó en broma Félix Melián.

— Eres el más feliz de los Tenorios — concluyó García —, pero no te envidio la suegra...

A todo lo cual respondió el héroe, riendo como los demás y encogiéndose de hombros:

— No me hablen ustedes de cosas tristes, porque me caigo del caballo — declaró, parodiando el gesto de un actor en boga —. Lo esencial es divertirse...

El grupo de jinetes volvió á ponerse en marcha. La irreverencia juvenil y la malignidad nativa siguieron encarnizándose contra el aspecto y la reputación de los transeuntes.

Hasta que Lisandro, que había permanecido silencioso, acercó bruscamente su caballo al de Luisito y murmuró en voz baja:

— ¿Ves esa vitoria que viene hacia aquí?

— La veo.

— Pues en ella está la persona de que te hablé. El carruaje pasó á pocos metros de distancia,



y Luisito distinguió la silueta de una señora todavía joven.

Junto á ella sonreía una señorita en cuyos ojos traviosos se reflejaba la creación.

— Todos conocen á las de Granada — declaró implacablemente García — á causa de la esplendidez del colorido. Se están gastando la fortuna que les dejó el infortunado jefe de la familia. Pero como la viuda espera casarse otra vez, todo se arreglará quizá... siempre que salte un marido para la hija única... Por eso paseamos el muestrario á todas horas... ¿Quién quiere Granadas?... ¡Se dan de balde!

Lisandro se irguió, ciego de cólera:

— ¡Es usted un insolente y un estúpido!

Los demás se miraron sorprendidos, porque aquellas chanzas les eran familiares y nadie se enfadaba nunca. Además, todos ignoraban, con excepción de Luisito, las preferencias sentimentales del que acababa de protestar.

García, pálido bajo la ofensa, hizo lo posible por echar á reír.

— Estos novios impetuosos é inabordables — continuó, tratando de hacer buena figura —, tienen la mala costumbre de tomarlo todo á lo trágico...

Pero el aludido estaba fuera de sí.

— O se calla usted — declaró —, ó se gana una bofetada.

Los demás se interpusieron y cortaron el grupo.

— ¡Parásito imbécil! — lanzó entonces García antes de partir —. ¡Bien se ve que es sangre de gaucho la que llevas en las venas!

Esa fué para Lisandro la primer revelación de su inferioridad social. Lo que había en él de torvo y de indomable, lo que prolongaba dentro del culto estudiante de Medicina el empuje atropellado y levantisco de los suyos, salió bruscamente á la superficie. El horizonte se transformó. Desgarrada la mentira que le había cegado hasta entonces, comprendió su situación y se avergonzó de ella. ¡No había sido más que un parásito! Todo lo que él creía suyo, no era más que un reflejo de aquellos á la zaga de los cuales iba. Mil detalles acudieron á su imaginación y le anegaron los ojos de vergüenza. Le pareció que había subido al tren en primera clase con billete de tercera, y que le expulsaban vergonzosamente del vagón... Entonces se sintió tan humillado, tan deprimido, tan vil y al mismo tiempo tan desamparado y tan solo, que corrió hacia donde estaba su madre y cayó á sus pies sin acertar á contener las lágrimas.

Luisito vino á buscarle al poco rato, más alegre que nunca. Según él, la cosa no tenía la menor importancia. Pero Lisandro, muy sereno, se negó á seguirle, pretextando un dolor de cabeza. Había resuelto sacrificarse y romper aquella amistad cuya desproporción acababa de descubrir. No quería volver á sentarse á la mesa de los Achával. Su casita pobre y mezquina, donde él no había hecho

hasta entonces más que entrar y salir, le pareció el mejor asilo y la mejor fortaleza para su orgullo.

Sin embargo, tuvo que graduar su alejamiento y escalonar las negativas. No era cosa de provocar una explicación que le pondría en ridículo.

Al día siguiente, que era domingo, consintió en ir á misa, como de costumbre, con su compañero de estudios.

La ceremonia religiosa era en cierto modo un pretexto para reunirse. Los jóvenes que se agrupaban junto á las columnas entre las naves laterales y la principal, cuidaban de elegir un buen sitio para asistir á la plegaria de las novias. Las muchachas vestían su mejor traje. Y todos aguardaban la salida con interés, porque el atrio vastísimo se transformaba en salón que favorecía los encuentros y abría libre campo á las dos pasiones de la colectividad: la murmuración y el *flirt*.

Cuando empezó el desfile, los dos amigos charlaban junto á la puerta.

Luisito no había visto á su novia y se deshacía en trágicas lamentaciones que acababan en carcajadas.

— Me mataré, ya verás cómo me mataré — decía á media voz, provocando la sonrisa de los vecinos — y escribiré con sangre en el muro que desaparezo por ella. . . Lo que sé de Medicina no basta para curar esta pasión. . . Estoy irremediablemente perdido. . . Déjame que me apoye sobre ti y préstame otro pañuelo para enjugarme las lágrimas. . .

Pero Lisandro prestaba poca atención á aquellas vanas travesuras. Dos cosas le preocupaban sin dejarle aliento para más: la sacudida del día anterior y la presencia en aquel lugar de la que le había transformado. Porque las de Granada estaban en la iglesia y debían salir de un momento á otro. . .

Por eso se alegró cuando Luisito fué á saludar á su parienta la señora de Montes, que pasaba acompañada de sus dos hijas. . . Pero á ese primer grupo se añadió poco después otro, y el enamora-

do vió con estupor que su amigo le llamaba para presentarle. La señora de Montes había oído hablar de él y deseaba conocerle. . . No hubo más remedio que acudir. . .

En ese instante aparecieron las de Granada.

Lisandro las vió y contuvo un gesto de contrariedad. . . Iba á perder la sonrisa que tanto había esperado. . . Pero la suerte estuvo de su parte. Las de Granada conocían á las de Montes y se acercaron al grupo.

Entonces tuvo lugar la deseada y temida presentación. Lisandro se inclinó profundamente y estrechó la mano pequeña que le tendió la joven. Los ojos se habían saludado y se habían reconocido antes, sin aguardar sanciones del formulismo social.

Alguien habló de la *kermesse* de beneficencia que debía tener lugar al día siguiente.

— No dejen ustedes de venir á mi kiosco — dijo Sofia Granada dirigiéndose á todo el grupo, pero mirando muy particularmente á Lisandro —; un capricho bondadoso de la Comisión me ha convertido en florista. . . Venderé rosas y jazmines para dar de comer á los pobres. Cuento con la visita de ustedes. . .

Así que se despidieron, los dos amigos bajaron lentamente las escaleras del atrio.

— La cosa no puede ir mejor — declaró Luisito, inclinándose, al oído de Lisandro.

Este sólo atinó á condensar lo que le ahogaba en una exclamación trivial:

— Es divina. . .

Y como el enamorado se detuviera al llegar á la calle, dispuesto á tomar el camino de su casa, Luisito le interpeló sorprendido:

— ¿No vienes á almorzar?

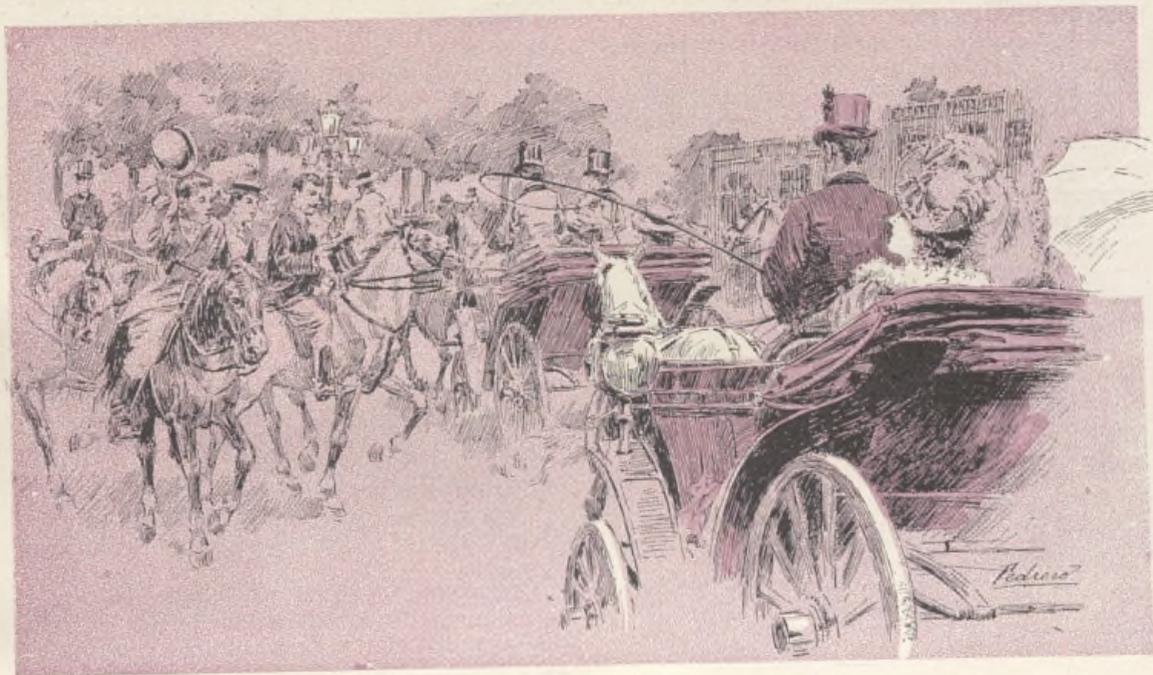
— Hoy no.

— ¿Por qué?

— Porque tengo la cabeza revuelta con estas emociones y necesito un poco de soledad.

Luisito se echó á reír.

— Eres un novio á la antigua. . . Pero hágase



tu voluntad... Trata de venir por lo menos á cenar... En casa estaban anoche asombrados de no verte... Todos me preguntaban por tí... ¡Y como yo no puedo decirles que te has hecho monje para adorar mejor el recuerdo de Sofía Granada!...

Lisandro se encogió de hombros y se alejó.

* * *

A la fiesta de caridad del día siguiente entró con toda su emoción y todas sus cavilaciones de veinticuatro horas.

La sala era un bazar multicolor atestado de elegantes curiosos que se hacinaban en torno de las vendedoras, cuyos trajes de fantasía resaltaban sobre la uniformidad gris del conjunto. Aquí se remataban juguetes, allá se servía té, más lejos se voceaba una lotería, y en todas partes triunfaba el invariable *flirt*.

Lisandro no tardó en encontrar el kiosco de la de Granada, y á pesar de su timidez se adelantó resueltamente. ¿No le había dicho ella misma con la palabra y con los ojos que no dejase de venir?

La acogida no pudo ser más prometedora. Empezó por una pequeña escaramuza sentimental:

— Le estaba esperando á usted, porque tengo unos claveles preciosos y el primero tiene que ser para mi nuevo amigo.

— ¿De manera que usted da á los nuevos ventaja sobre los viejos?...

— No me haga usted decir lo que no he dicho.

— De todas maneras, no he de ser yo quien se queje...

— ¡Quién sabe!... Porque si fuera exacta la interpretación, otros le vendrían á suplantar á usted en seguida...

— ¿En cuánto tiempo envejece una amistad?

— Depende de los componentes...

— Y la nuestra es...

— Busque usted...

— De hierro...

— Sería muy fría...

— De oro...

— Sería muy cara...

— De piedra...

— Sería muy dura...

— Confieso que no adivino...

— Busque usted bien...

— Ayúdeme...

— La nuestra es de un metal que es resistente, que es hermoso, que es barato, que es nuevo, que no cuesta casi nada...

— Y que se llama aluminio...

— Cabal. ¿Qué le parece á usted?

— Me parece que es usted divina y que merece que la quieran mucho.

— Y me quieren...

— ¿Quién?

— Mi madre...

— No, de otra manera...

— No he pensado todavía en tener novio...

— ¿Por qué?

— Porque esas cosas ni se buscan ni se proyectan: se constatan... ¿Cuál de estos claveles es el que le gusta á usted para el ojal?

— El que esté más cerca de usted...

— ¿Este?

— Sí.

— Acuérdesse de los pobres.

Lisandro sacó su cartera, donde había reunido cuanto tenía, y extendió un billete, excusándose de la insignificancia de su contribución. Sofía lo recibió con amabilidad.

— Aquí se cotizan también las intenciones...

Y como el enamorado se despedía para ceder el lugar á otras personas, la muy ladina añadió:

— No deje usted de volver á conversaa dentro de un rato... aunque no me compre nada... porque los

pobres necesitan también que los distraigan un poco...

Lisandro se alejó loco de alegría. A tal punto, que no advirtió la presencia de Luisito, que le cerraba el paso con el bastón.

— ¡Ya te he visto comprando flores! — exclamó el amable superficial —; pero tus devaneos sentimentales no justifican tu alejamiento. Te he buscado ayer toda la tarde, misántropo... Fui á tu casa y me dijeron que habías salido...; pregunté á los compañeros, y ninguno me supo dar razón de tí... ¿Qué haces?... ¿Qué piensas?... ¿Cómo vives?...

Lisandro se sentía tan feliz, que estuvo á punto de olvidar sus razones y dejarse ganar otra vez. Pero el recuerdo de la humillación le coloreó las mejillas y rehusó obstinadamente la taza de té que le ofrecía su antiguo compañero de estudios.

— Tengo que volver al kiosco de las flores en seguida... en seguida...

— Entonces me quedo solo — suspiró Luisito —, porque mi novia se ha enfadado, y para vengarse se está haciendo cortejar por el imbécil de García...

Cuando se encendió de nuevo la conversación, la de Granada se defendió débilmente de las arremetidas sentimentales de Lisandro y pareció po-





ner su amor propio en aumentar aquella pasión. De suerte que cuando se acabó la fiesta, el estudiante se encontró en la calle sin saber si aquello era una realidad ó un desvarío. Sofía le había dado á entender que compartía su esperanza.

* * *

La fiesta duraba dos días, y el segundo resultó para Lisandro una dulce agravación del primero. Las conversaciones fueron más largas y las sonrisas más expresivas. Hubo un instante en que se hablaron casi al oído.

— Yo no sé si son las flores ó si es usted; pero me siento mareado como si un perfume nuevo se me hubiera entrado hasta el corazón.

— Deben ser las flores, porque yo también siento la misma cosa.

Pero en todos estos atrevimientos de coqueta había no sé qué duplicidad aterciopelada que saltaba á los ojos. Se hubiera dicho que Sofía ensayaba sus armas para las lides confusas del porvenir. Su juventud y su belleza la empujaban á experimentar su poder y á saborear las sutiles satisfacciones del orgullo.

Lisandro era demasiado simple para vislumbrar esas cosas. Sin embargo, un incidente imprevisto le abrió los ojos.

Era el atardecer, y la fiesta tocaba á su fin entre una gran algazara de pregones irresistibles. Toda la juventud de San José de Flores se apiñaba alrededor de las vendedoras. Una fiebre extraña la sacudía. Se citaban remates fantásticos. Mariño había pagado cincuenta pesos por una tarjeta postal. Costa cien por una caja de bombones, y Catáneo doscientos por un paquete de cigarrillos. La vanidad y el amor se combinaban para atribuir los precios más altos á los objetos más corrientes.

Sofía se dispuso á rematar también. Su kiosco estaba vacío. Lo había vendido todo. Pero le quedaba la rosa que llevaba en el pecho.

— ¿Cuánto me dan por ella? — preguntó con una sonrisa encantadora.

— Cinco pesos — repuso tímidamente uno del corro.

Lisandro se sintió lastimado por la oferta, y dobló la cantidad.

— ¡Diez!

Todos los ojos se fijaron en él.

Pero alguien replicó bruscamente desde atrás:

— ¡Doy quince pesos!

El enamorado se volvió y reconoció al hombre con quien había tenido el altercado fatal.

Un relámpago de odio le pasó por los ojos.

Sin embargo, hizo lo posible por calmarse, y continuó:

— ¡Veinte!

— ¡Veinticinco! — rectificó la misma voz, con cierta ironía imperceptible.

Los espectadores comenzaron á interesarse.

Bajo los ojos de Sofía, Lisandro tuvo la sensación de que era menester triunfar á cualquier precio. Iba á sacrificar cuanto tenía para sus necesidades del mes. Pero aquella flor no podía ser de otro.

— ¡Cuarenta pesos! — gritó, creyendo acobardar á su adversario.

— ¡Cuarenta y cinco!

Lisandro se volvió otra vez. Le atormentó la idea de que no iba á poder luchar mucho tiempo. Sólo tenía cien pesos en la cartera. Si García persistía en su maniobra, estaba perdido.

— ¡Sesenta! — clamó, dando una nueva embestida.

Y la vocecita burlona respondió como un eco:

— ¡Sesenta y cinco. . .

Entonces se abrió, bajo la mirada alentadora de Sofía, un tiroteo rápido:

— ¡Setenta!

— ¡Setenta y cinco!

— ¡Ochenta!

— ¡Ochenta y cinco!

Lisandro comprendió que su derrota era irremediable. Le acometió un deseo violento de abofetear á su adversario. ¿Cómo iba á competir él con un hombre que podía derrochar una fortuna? Su pobreza se le subió á los ojos en una nube de sangre. Con los dedos, húmedos de emoción, palpó el billete que tenía en el bolsillo.

— ¡Noventa! — declaró con una voz velada por el miedo.



Y el eco respondió:
— ¡Noventa y cinco!
Entonces dejó caer con desesperación su última cifra:

— ¡Cien pesos!
Una emoción espantosa le oprimió la garganta... Creyó que García no iba á contestar... Pero la campanada lúgubre se dejó oír:

— ¡Ciento cinco!...
El estudiante de Medicina permaneció inmóvil, sin saber qué hacer. No le era posible continuar. Por otra parte, tampoco se resignaba á la vergüenza de abandonar la partida. Todos parecían interrogarle; Sofía esperaba su palabra... ¿Debía cerrar los ojos y huir como un vencido? La riqueza insolente de un egoísta, ¿pesaría en la balanza del amor más que toda su ternura y toda su sinceridad? Estuvo á punto de desbaratarlos todo, de insultar á su enemigo... Sus instintos rebeldes querían desencadenarse... Pero un esfuerzo heroico los contuvo...

— ¿No hay quien dé más de ciento cinco pesos? — preguntó Sofía, asombrada, paseando los ojos por el grupo y fijándolos con insistencia sobre Lisandro —. ¿No hay quien dé más?...

La sonrisa se trocó poco á poco en desdén... La vendedora aguardó un instante... Y como na-

die respondiera, se desprendió la flor y la entregó á García.

— Se lo agradezco á usted en nombre de los pobres — declaró —; cuando se trata de ellos, nada puede parecernos excesivo...

Lisandro hizo un saludo silencioso y se alejó, conteniendo las lágrimas. Pero todavía oyó la voz aguda de García, que se regocijaba del triunfo:

— La defección de mi adversario — dijo con cierta petulancia — no me autoriza á obtener un tesoro por tan pequeña suma. Esa flor vale quinientos pesos. Ahí van...

Y el rumor que provocó el incidente pareció empujar al enamorado hasta la calle, donde estalló en sollozos.

* * *

La humillación había sido tan honda que, á pesar de todo su cariño, Lisandro evitó las ocasiones de encontrarse con Sofía. Pero en un pueblo diminuto, como era por aquel tiempo San José de Flores, la situación no podía durar. Tres días después del incidente se estrecharon la mano en la plaza, alrededor del kiosco de la música. La joven le saludó como de costumbre, y la señora de Granada le reprochó por su alejamiento.

— Parece que se ha olvidado usted de nosotras. Venga á visitarnos cuando quiera. Ya sabe que le estimamos á usted mucho. . .

Pero Lisandro imaginó cierto dejo de protección en las protestas de amistad. Lanzado por un capricho de la suerte en una sociedad que no era la suya, creía ver á cada instante una alusión y un reproche. Sin aquel amor que había echado raíces y que obstruía el horizonte de su vida, hubiera roto con todos para refugiarse en el estudio y acabar lo más brillantemente posible la carrera que debía darle el prestigio, la riqueza y la libertad. Pero, ¿cómo salir de ese mundo sin renunciar á Sofía? Para estar en contacto con ella era necesario contemporizar y seguir siendo prisionero del engranaje que le desgarraba el corazón.

La música militar atacó una marcha llena de sonoridades victoriosas.

— ¿Quiere usted ayudarnos á buscar un asiento? — dijo la señora de Granada.

Lisandro se inclinó, y los tres se adelantaron por el camino atestado de gente. A poco andar encontraron á García, que iba acompañado de otras señoras, y que se contentó con saludar desde lejos. Pero

el enamorado no pudo contener una alusión:

— Puede usted estar orgullosa de lo que hizo en favor de los pobres — dijo dirigiéndose á Sofía. — Fué la rosa que alcanzó el precio más alto. . .

La de Granada tuvo uno de los movimientos de mal humor que le eran familiares.

— ¿De qué no es capaz un vanidoso para atraer las miradas? . . .

Y Lisandro, que interpretó la frase como una absolución, dió tregua á sus inquietudes para hablar de las fiestas de Carnaval, que debían empezar al día siguiente.

Los grandes arcos que atravesaban la calle principal, los mástiles y las guirnaldas que bordeaban las aceras estaban proclamando la proximidad del acontecimiento. Sólo faltaba ajustar los globos de colores sobre los tubos de gas y tender los hilos vistosos de banderas y gallardetes, para que el barrio tomara el aspecto jovial que tanto regocijaba todos los años á la juventud.

Porque el Carnaval era, dentro de aquella vida exuberante, una prestigiosa movilización de turbulencias alegrías. La ingenuidad de las costumbres y el espíritu inquieto y emprendedor de los que veían en el pueblo, había hecho de la fiesta tradicional un torneo brillante en el que predominaba cierta distinción y cierta llaneza de buen tono. Muchos eran los que huían de las mascaradas tumultuosas y del frenesí de Buenos Aires, para buscar un refugio sonriente y halagador en la

pequeña aldea estival, que, por otra parte, sabía hacer las cosas con una esplendidez inusitada.

El famoso desfile de carruajes adornados con flores y tripulados por máscaras, duraba desde el atardecer hasta la media noche. Y nada era más encantador que aquel rodar de vehículos y de disfraces multicolores, interrumpido á trechos por la



aparición de sociedades corales ó filarmónicas, que unían sus músicas alegres al clamoreo general bajo una loca trabazón de serpentinas.

— No deje usted de disfrazarse — ordenó Sofía con entusiasmo —, porque las fiestas van á estar este año más hermosas que nunca. Yo tengo ya mi traje de pescadora napolitana. Se lo digo, porque el antifaz da mucho calor, y siempre la reconocen á una por los caballos y por el cochero. Lo esencial es llevar un traje de fantasía. . . No puedo soportar á esas gentes que se visten en Carnaval como en el resto del año, porque con ellas no sabe una á qué atenerse. ¿Han renunciado al disfraz, ó no se lo quitan nunca? . . . De manera que vístase usted de cualquier cosa. . . Ya verá cómo nos vamos á divertir.

Y la risa alegre dió á la frase no sé qué tono de intimidad, que era casi una promesa.

Después de instalarlas en los asientos, Lisandro permaneció de pie dispuesto á retirarse. Pero la señora de Granada no le dejó partir y volvieron á encenderse los diálogos de la fiesta de caridad.

* * *

— No es posible que sea una coqueta — murmuraba interiormente nuestro amigo mientras se ponía las enormes botas, cuyas espuelas relucientes brillaban al sol —; pero la quiero tanto, que aunque lo fuera y se burlase de mí, no tendría fuerzas para olvidarla.

Y así diciendo, interrumpió el hilo de sus reflexiones para pasar revista al traje que estaba extendido sobre la cama. Aquel no era un disfraz común de gaucho improvisado y advenedizo. Desde el rico «chiripá» y el «poncho» delgado y flexible, hasta el cinturón y el rebenque de cabo de plata, estaban diciendo el lujo y el esplendor de un criollo á la manera antigua. Lisandro examinó los objetos con cierta tristeza en los ojos. . . Todo aquello había pertenecido á su padre. Lo que iba á darle á él por unas horas una personalidad postiza, había sido llevado en la vida diaria por el coloso indomable y sonriente cuya imagen reaparecía tan á menudo en su memoria. Le pareció una profanación. . . Pero urgía tener disfraz, y sus recursos no le permitían comprar uno digno de figurar en un medio donde todos inventaban las fantasías más costosas. . . Además, aquel traje era el símbolo de su origen. Vestirlo, equivalía á probar que no se avergonzaba de él. ¿Le habían reprochado la sangre de gaucho que llevaba en las venas? Pues así, no tendría solamente la sangre; tendría el traje, los gestos, la voz y hasta la barba hirsuta que le transformaba completamente.

Lisandro se observó en el espejo y rectificó los detalles. Después cogió el facón (1) y lo extrajo lentamente de la vaina. La hoja filosa brilló á la luz de una manera siniestra.

— Este es el símbolo — murmuró pesoso — de la leyenda que se extingue. El progreso y la emigración han barrido la violencia; y todos hemos evolucionado de tal suerte que apenas queda el recuerdo de la semibarbarie de hace veinte

(1) Largo cuchillo, que es el arma favorita del gaucho.

años. Nuestra historia ha cesado de ser el tropel de instintos que desencadenaron nuestros padres, demasiado simplistas y demasiado impetuosos. Aquellos hombres todo gesto, que obraban por impulso sin cuidarse de la razón y pasaban de una guerra civil á un combate personal, devorados por una ansia confusa de derribar obstáculos, no eran, en definitiva, más que una fuerza inconsciente. . . ¡Pero cuán frescos manantiales de sinceridad había en ellos! . . . La civilización, que nos ha depurado, nos ha empequeñecido. . .

Y como el crepúsculo comenzaba á diluirlo todo, Lisandro interrumpió sus meditaciones, se aseguró la barba postiza y salió en busca del caballo que había alquilado el día anterior.

* * *

La calle principal presentaba un aspecto inverosímil. Bajo los arcos de luces de colores hervía una confusión de carruajes llenos de máscaras, que se abrían paso difícilmente entre las dos aceras, obstruidas de curiosos. Un clamoreo confuso y persistente subía de aquella multitud excitada y nerviosa, sobre la cual llovían las serpentinas que arrojaban los grupos desde los balcones. Los griegos, los *pierrrots*, los arlequines, las turcas, los toberos, las pastoras y los dominós de toda forma y matiz se interpelaban al pasar en un vértigo de alegrías alborotadas y dementes. Parecía que la humanidad, transformada en arco iris de mariposas delirantes, ardía bajo una lluvia multicolor de fantásticas estrellas.

Lisandro reconoció á algunas máscaras por el carruaje. Y cuando vió venir el tiburí de su antiguo compañero de estudios, no pudo resistir al deseo de intentar un saludo. Su disfraz y su caballo alquilado le daban la seguridad de no ser reconocido.

— ¡Cuánto lujo, amigo Luis! — exclamó imitando el tono tradicional de los gauchos —. ¿Dónde has dejado al compadre que antes te acompañaba siempre?

— Ya sabes lo que es el amor — repuso Luisito, creyendo reconocer á Melián —; Lisandro se supone un dios desde que Sofía Granada se ha dignado reirse de él. Ve á buscarle al Olimpo y le encontrarás en la primer caballeriza, á la derecha. . .

— ¡Qué bien conoces la topografía! — contestó amargamente el aludido.

Su disfraz interesó á algunos.

— ¡Adiós, tigre! — le gritó un alguacil —. ¡Si te persigue la policía, ven á refugiarte en nuestro coche!

Otros le desafiaron cómicamente:

— ¿A que no te atreves conmigo, fanfarrón? ¡Ahí va una estocada de serpentinas! . . .

Pero el gaucho no tenía ojos más que para buscar á la que él consideraba como su novia. Cuando la pudo descubrir, sintió una emoción extraña. Junto á la vitoria, donde sonreían los ojos oscuros de la pescadora de Nápoles, caminaba el caballo de un mosquetero parlanchín que parecía hacerse escuchar. Lisandro dió un rodeo para aproximarse. . . La conversación era animadísima. . . La señora de Granada intervenía á ratos, y celebraba jovialmente las bromas. . . Alguien gritó:

— ¡Se anuncia el enlace de Graziella con d'Argagnan!

El enamorado no pudo contenerse y se acercó al coche.

— Los que vienen del campo se asombran de todo — dijo, dando carácter á su disfraz —; por eso me han de perdonar ustedes una pregunta: ¿por qué se detienen los moscones junto á las rosas?...

Las de Granada le examinaron, sin lograr reconocerle, y el mosquetero, sorprendido, se atusó el bigote.

— ¡Rayos y centellas! — exclamó —. ¡Cuán ingenuos son estos rústicos! ¡Si tú mismo ignoras la razón de lo que haces, no puedes esperar que la adivinen otros!...

El gaucho se dirigió entonces á las de Granada:

— No hay que confundir al pastor con las ovejas — replicó —; aunque nos hagamos los desentendidos, todos sabemos dónde están las moscas, moscones ó mosqueteros...

Sofía se dispuso á desenmascarar al recién llegado.

— ¿Desde cuándo estás por aquí, Moreira?

— Desde esta noche no más... Mi rancho (1) queda muy lejos; pero me dijeron que en Flores se armaba el gran pericón (2) y me largué al galope para tener el orgullo de ofrecerte el brazo...

— No habrás tenido que andar mucho, porque como eres del pueblo...

— Te equivocas, pimpollo; vengo de la Pampa desierta, pero tu fama ha llegado hasta allá... Soy del partido de Trenque-Lanquen.

— Lo pongo en duda, por dos razones...

— ¿Cuáles?

— Porque eres demasiado galante y porque tienes las uñas limpias...

— He tomado lecciones para venirte á ver, que eso y mucho más mereces por tu belleza...

El mosquetero, como todos, había reconocido á Lisandro. En su apuro por interrumpir la conversación, soltó una frase que lo desenmascaró á su vez.

— ¿Han visto ustedes el coche de las de Mandugo? — preguntó disimulando inútilmente la voz —; figura una cesta de legumbres, y los caballos no tienen de tales más que su parecido con las propietarias...

Lisandro no tuvo que hacer un gran esfuerzo para descubrir en aquella frase la insolencia su-

prema de García.

En cuanto á las de Granada, ya sabían ellas á qué atenerse, porque se contentaron con decir:

— Va á echar usted tal fama de murmurador, que aunque se disfrace de turco todos le van á reconocer...

La escaramuza fué interrumpida por un grupo de máscaras que envolvió al coche en una tromba de clamores y de cennerros. Un mono chimpancé se instaló en el pescante. Un diablo y un pierrot se encaramaron sobre los estribos. Y fué tal el tumulto, que los dos jinetes tuvieron que intervenir para libertar á las prisioneras que, entre medrosas y sonrientes, se habían agazapado en un rincón del asiento.

Dado que todos se conocían, nada

hubiera sido más lógico que conversar con voz natural. Pero los dos rivales trataron de ignorarse mutuamente y de atenerse al disfraz. El gaucho habló primero.

— Porque uno es del campo y dice las cosas sin maña ni mentiras, ya están creyendo los caballeros de la ciudad que se lo pueden permitir todo. ¡Vaya un orgullo, compadre!... ¡Ni que fuera gobernador!

— No es orgullo — repuso el mosquetero en el mismo tono —, sino consecuencia del rango de cada cual. Por más llanos que sean, los de arriba tendrán que humillar siempre á los de abajo.

La señora de Granada trató de desviar la conversación, pero Lisandro y García aprovecharon la oportunidad para dar salida á sus resentimientos. Por una coincidencia extraña, los disfraces traducían las situaciones. El gaucho acabó por decir:

— Déjate de latines, que aquí estamos hablando en criollo, y donde asoma Moreira no hay quien se atreva á alzar el gallo... Los holgazanes vanidosos que viven de herencias y recuerdos, no tienen derecho á despreciar á los que trabajan y



(1) Habitación rústica.

(2) Baile nacional de los gauchos.

luchan... ¿Ignoras que lo que llevas sobre los hombros es una cabeza vacía?...

— Siempre se consuelan así los inferiores — repuso ásperamente el mosquetero —; pero eso no impide que desde abajo nos envidien...

— ¿Envidiar?...
¿Qué?... ¿El bozal que lleváis puesto?

— ¡Calma, calma, respetables mascarones! — dijo Sofía un tanto inquieta —; no conviene olvidar que ante las damas no hay odio y que nuestras palabras son humo de carnavales...

Pero el mosquetero no quiso dejar aquello sin contestación.

— Los vagabundos de la Pampa protestan — repuso —; pero á veces se ven obligados á reconocer nuestra superioridad...

— ¿Cuándo?
— Cuando tienen que renunciar á una flor para cedérsela...

Esta alusión al remate de caridad resonó como un chasquido de látigo.

— El dinero es el mérito de los que no tienen ninguno — declaró Lisandro sin poder contener la ira —; pero en igualdad de condiciones, cuando no se tratara de una venta, sino de un regalo de simpatía, ¿creen acaso los mosqueteros que ocurriría lo mismo?

— No comprendo bien — articuló hosca — mente el adversario.

— Me explicaré con un ejemplo: nuestra divina pescadora napolitana tiene hoy en el corpiño una rosa que se parece mucho á la que yo perdí... Roguémosle que honre con ella á uno de los dos. Así veremos cuál es la distancia que media entre nosotros...

Sofía se echó á reír con el aturdimiento de su edad.

— Me ponen ustedes en un compromiso espantoso — exclamó divertidísima —, porque yo no quisiera ofender á ninguno; pero ya que soy juez, pido un instante de reflexión... Vuelvan á acercarse al coche dentro de un cuarto de hora, y les diré mi fallo. ¡Adiós, Moreira! ¡Adiós, d'Artagnan!

Los dos jinetes se alejaron en la misma dirección, entre las dos filas de carruajes, desgarrando las serpentinillas que les cerraban el paso.

— Tenemos qué hablar — declaró Lisandro resueltamente.

— Estoy á sus órdenes — repuso García con sequedad.

Cuando salieron de la fiesta, el gaucha concentró todas sus cóleras en una pregunta:
— ¿Hasta cuándo vamos á continuar así?

— Yo no le reconozco á usted derecho para hablarme en ese tono — contestó García con mal humor —; hago lo que me place, como usted, por su lado, puede hacer lo que le convenga...

Lisandro tuvo que prolongar un esfuerzo para contenerse y afectar un tono tranquilo.

— Son provocaciones inútiles — declaró —; pero como esta situación no puede prolongarse, urge que nos expliquemos: yo quiero de veras á Sofía, usted la corteja sin más fin que pasar el rato; si no existe el propósito definido de molestarte, nada le impide á usted mariposarse en otro rumbo...

García sonrió con sorna:

— ¿Y usted cree que yo soy tan dócil?

— No sería docilidad, sería delicadeza...

— No admito lecciones...

— Prométame usted por lo menos una cosa — concluyó el

enamorado, esforzándose por ser conciliante.

— ¿Cuál?

— Que cuando llegue la hora de acercarnos otra vez al coche para ver quién ha ganado, ninguno de los dos tratará de sacar ventaja adelantándose al otro.

— Yo no le prometo á usted nada.

— ¿Entonces, quiere usted la guerra?

— Como usted guste.

— Las consecuencias pueden ser dolorosas.

— Para usted...

— O para usted; ¡quién sabe!

El mosquetero se encogió de hombros y se alejó al galope.

El gaucha le siguió, dispuesto á no perderle de vista. Pero un entrevero de máscaras le detuvo.



La calle estaba espesa de multitud. Una docena de colombinas y de *pierrrots* se cogieron de la mano y le encerraron en un círculo de locura. En vano trató de avanzar. Cuando su caballo se encabritó y abrió un hueco por donde pudo escurrirse, su rival había desaparecido...

* * *

Si las niñas coquetas supieran la importancia que puede tener una sonrisa para un corazón de veinte años, tratarían de ser menos pródigas de avances, envites y devaneos. Pero ¿cómo pedir reflexión á las rosas de primavera, que atraen y perfuman obedeciendo á una ley fatal? Cuando asoman entre el follaje y se adelantan al transeunte, ninguna de ellas sospecha lo que duelen las espinas...

Lisandro marchó al azar, tratando de descubrir el coche de las de Granada. El cuarto de hora no había pasado aún, pero algo le decía que era urgente llegar pronto. Una ansiedad febril le devoraba los nervios. ¿A cuál de los dos iba á elegir Sofía?... Aunque no era posible dudar... ¿Cómo creer en la sinceridad del mudable murmurador? ¿Cómo simpatizar con él? Era imposible... Los quince minutos no los había pedido la pescadora napolitana para resolver una cosa que ya estaba resuelta, sino para salvar su pudor y no ofender abiertamente á ninguno... El enamorado trató de tranquilizarse... ¿No le había dicho ella misma el día anterior lo que pensaba del vanidoso don Juan? Sin embargo, un presentimiento sutil flotaba en la atmósfera... ¿Cómo hacer para encontrar pronto el carruaje? Mientras él erraba al azar, García se había adelantado, seguramente con su acostumbrada mala fe... Lisandro se empinó sobre los estribos y trató de dominar la calle... Pero sobre aquel mar multicolor que hervía bajo los arcos de gas, flotaba una atmósfera opaca que impedía ver desde lejos... Volvió á perderse en conjeturas... En vano le interpelaban desde los coches. En vano le zaherían las máscaras preguntándole si había enmudecido bajo el disfraz... Sus ojos interrogaron el horizonte con una avidez febril hasta que apareció lo que esperaba.

Entonces tuvo el enamorado una desilusión mortal. Junto á la vitoria elegante donde sonreía la pescadora napolitana, el mosquetero locuaz contenía el ímpetu de su caballo para inclinarse y poder hablar desde más cerca. La conversación no podía ser más vivaz. Apenas si ambos volvieron los ojos cuando un astrólogo les acosó con sus bromas... El gaucho trató de acercarse sin ser visto, pero algo le detuvo bruscamente... Su sa-



cudida nerviosa se transmitió á las riendas y la montura se encabritó... Sin embargo, una fuerza sobrenatural le hizo seguir avanzando... Aquello no era posible... Su vista le engañaba... Sofía no podía desdeñarle y afrentarle así... La rosa que brillaba sobre la chaqueta de su rival era una ilusión de sus sentidos... Esa flor le estaba destinada. Era suya, porque la había ganado con las palpitaciones de su corazón y con la pureza de sus propósitos. El pobre vencido sintió que le abandonaban las fuerzas ante la odiosa realidad. ¡Su «novia» le había burlado!... Entonces le acometió un deseo vivísimo de morir para olvidarlo todo y no darse cuenta de lo que ocurría á su alrededor... En ese instante pasó el coche junto á él y resonó una carcajada de García... Una nube roja le obstruyó la razón... Todos sus atavismos se concentraron en un empuje incontrarrestable. Y sin darse cuenta de lo que hacía, cediendo á un vértigo de fatalidad, se acercó bruscamente al mosquetero y le murmuró al oído:

— Si no es usted un cobarde, sígame.

* * *

Cuando se apearon fuera de la fiesta, en una calle solitaria que parecía más oscura á causa del





contraste con el derroche de luz de que acababan de salir, el mosquetero preguntó con la ironía de siempre:

— ¿Tiene usted algo nuevo que contar?

El gaucho se acercó pausadamente hasta tocarle casi la ropa, y con los ojos en los ojos, le gritó:

— ¡Canalla!

Una bofetada resonó en el silencio, y los dos hombres rodaron sobre la tierra húmeda. . . Fué un relámpago. . . García, más vigoroso, sacó ventaja y quiso apretar el cuello á su enemigo para rendirlo á discreción bajo la rodilla. Pero la sangre indómita del gaucho se reveló. . . Casi asfixiado bajo la presión de la mano crispada, hizo un esfuerzo horrible, desnudó el *facón* y lo hundió hasta el mango en el pecho del mosquetero. . .

Un extraño estupor reinó en la calle tranquila, á donde llegaba el eco confuso de los clamores de la fiesta.

Lisandro se irguió y prestó oído á una música alegre, cuyas rachas parecían acercarse. Después se inclinó sobre el cuerpo que yacía á sus pies y le arrancó la flor. Sus ojos se fijaron en los del muerto, como si le lanzara un último desafío.

— La primera fué tuya, pero la segunda es mía — silbó entre dientes.

Y abandonando á su suerte á los caballos, que permanecían inmóviles junto á la cerca espinosa, se alejó penosamente á pie, con el cuerpo encorvado, como si llevase el cadáver sobre sus espaldas.

Era la catástrofe final. Disipado el primer vértigo, Lisandro comprendió que su papel estaba concluído. El porvenir que había comenzado á con-

quistar penosamente con tanta laboriosidad y tanto tesón, se desplomaba en un minuto de cólera. En adelante, sólo había sitio para él entre los malhechores. Sofía y todos los bellos sueños de su juventud se ahogaban en la sangre del que había caído para no levantarse más. Un estremecimiento raro le culebreó en la espalda. . . Se observó las manos con inquietud. . . Tenía los dedos húmedos y teñidos de rojo. . . ¡Era un asesino! ¡Un asesino vulgar, á quien prenderían quizá dentro de un minuto! Ya no suscitaría el orgullo de su madre, que tan hondos sacrificios se había impuesto por él. Ya no alcanzaría el título de Doctor, que tanto había ambicionado. Una mano de sombra lo barriá todo y le empujaba al presidio. . . ¡Maldito Carnaval! Reputación, amor, porvenir, todo se lo había tra-

gado, como si forjara con lágrimas sus cascabeles de alegría. . .

El disfraz le quemaba la piel. . . Pero los atavismos del gaucho, ¿estaban en el traje ó estaban en su corazón? . . .

Su inteligencia y su orgullo le habían hecho saltar una etapa social. . . Ese era el origen de todos los males. . . Superior por el espíritu, pero inferior por la fortuna y por la herencia de civilización, se había introducido en un medio que no era el que le convenía. No resultaba suficientemente flexible para vivir en él. Entre su sinceridad imperiosa y los prejuicios que le rodeaban, había habido un choque. Y de él había nacido el crimen. . .

Todo esto pasó por su imaginación en relámpagos y claroscuros de pesadilla, mientras erraba por las calles á solas con su delito. De pronto se detuvo. . . Quería ver á Sofía una vez más, á la distancia, antes de desaparecer. . . Sus piernas se negaban á sostenerle, pero consiguió llegar hasta la fiesta, que ya iba á terminar. Y desde una esquina, empujado y ceñido por las máscaras que se abrían paso bulliciosamente, vió por última vez el carruaje de las de Granada. Su «novia» sonreía como de costumbre, y sobre el estribo del coche peroraba un desconocido.

Lisandro bajó la cabeza y se alejó lentamente hacia los terraplenes del ferrocarril. Los rieles brillaban bajo la luna como serpentinas de plata, y á lo lejos resplandecían las luces de la estación, donde se apiñaba una multitud que asaltaba los vagones para regresar á Buenos Aires.

Cuando la locomotora se puso en movimiento, el desesperado se acostó sobre la vía. Con las uñas



clavadas en la tierra esperó la arremetida del monstruo, que se fué agrandando, y se precipitó sobre él con un estruendo ensordecedor de émbolos y de vapores. Las máscaras bulliciosas que asoma-

ban la cabeza por las ventanillas, no oyeron el grito del que acababa de suicidarse junto con la leyenda del gaucho, que desaparecía aplastada por la civilización.

Pau, Marzo 1907.

Mannel Ugarte

FIN

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

DEUDA PAGADA

Narración histórica, por MARIANO VALLEJO

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Desencanto (novela), por Jacinto Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
10. El alma viajera (novela), por José Francés.
11. La caravana (novela), por Eduardo Marquina.
12. La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
13. Del Rastro á Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
14. Guillermo el apasionado (novela), por Mannel Bueno.
15. La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
16. Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
17. Un sueño (novela), por Amado Nervo.
18. Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.
19. El milagro de las rosas (novela), por Francisco Villaespesa.
20. La madrecita (novela), por S. y J. Álvarez Quintero.
21. El fin de una leyenda (novela), por Sinesio Delgado.
22. De corazón en corazón (novela), por E. Ramírez-Angel.
23. La conquista del jándalo (novela), por Alejandro Larrubiera.
24. Las Tres Reinas (novela), por Mauricio López-Roberts.
25. El tesoro del castillo (novela), por Carmen de Burgos Seguí (Colombine).
26. ¡Por malas! (novela), por F. Serrano de la Pedrosa.
27. Pompas de jabón, por Pablo Parellada.
28. Artemisa (novela), por Ramón Pérez de Ayala.

Obras de Manuel Ugarte

Paisajes parisienses. — Con un prólogo de Miguel de Unamuno y un epílogo de François de Nión.

Crónicas del Bulevar. — Prólogo de Rubén Darío.

La Novela de las Horas y de los días. — Prólogo de Pio Baroja.

Una tarde de Otoño (pequeña sinfonía sentimental).

Vendimias juveniles (Poesías).

FRANCÉS, INGLÉS, ALEMAN, RUSO.

Lecc. part. y gen. desde 10 ptas. Trad. lit. y de docum. Correspondencia comercial al domicilio desde 15 ptas. Mr. Bark. Alcalá, 12.



Carlos Coppel
FÁBRICA DE RELOJES
Fuencarral, 27.
CATÁLOGO GRATIS

RETRATOS
PARA
*
*
KILOMÉTRICOS
PUERTA
DEL SOL 4
Segura, fotógrafo

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto
ALVAREZ GOMEZ - Calle de Peligros, núm. 1 duplicado

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ - MONTERA, 22.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA
PRECIO FIJO CA 12, CAPELLANES, 12 PC PRECIO FIJO

AGUSTIN G. POVES Bisutería, perfumería,
corbatas, guantes y artículos de fantasía - Jabón POVES
especialidad de la Casa

UNA PESETA CAJA - PRECIADOS 24 DPLDO.

BALNEARIO DE CESTONA

Temporada oficial: de 15 de Junio á 15 de Septiembre.
Lujosas y espaciosas habitaciones. Restaurant, mesa redonda, luz eléctrica, sala de fiestas, etc.
Para más informes dirigirse al Director-gerente de la Compañía Anónima Aguas y Balneario de Cestona (Guipúzcoa).
Botellas de á litro en las farmacias.
Únicas para las enfermedades del hígado, bazo, riñones, etc.

EPILEPSIA Ó ACCIDENTES NERVIOSOS

Curación radical, aun en los casos en que fracasa la medicación polibromurada, con las PASTILLAS ANTIEPILÉPTICAS DE OCHOA. No quitan el apetito. No deprimen. Cortan rápidamente los accesos.

VESICALINA Su fama es universal en la curación brevísima y radical del Catarro de la vejiga. Suprime en absoluto la sonda.

CA CA CA VENTA: Depósitos de específicos y farmacias CA CA CA

A todos los suscriptores de „EL CUENTO SEMANAL“ en Madrid que deseen recibir el periódico en provincias durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre, se les enviará sin aumento de precio si remiten á la Administración de este periódico las señas de la nueva dirección y el importe anticipado por el tiempo de su ausencia.

OBRAS DE EDUARDO ZAMACOIS

NOVELAS

La enferma. - Punto-Negro. - Tik-Nay. - Incesto. - Loca de amor. - El seductor. - Duelo á muerte. - Memorias de una cortesana. - Sobre el abismo.

CUENTOS

De carne y hueso. - Horas crueles.

CRÍTICA

Impresiones de arte. - De mi vida. Río abajo.

Kiosco de „El Cuento Semanal“

Alcalá 31 (acera de Apolo)

Se admiten suscripciones y anuncios. Se venden números atrasados y colecciones. Cuantos deseen comunicar con esta Revista, pueden dirigirse á nuestro Kiosco.

„El Arte del Teatro“

Publicación quincenal ilustrada

Director: E. CONTRERAS Y CAMARGO

Las escasas colecciones que hemos podido formar de „El Arte del Teatro“, encuadernadas con las tapas que hemos confeccionado expofeso, se venden en nuestra Administración, San Mateo 1, al precio de **15 pesetas**.

Los que deseen adquirirlas se servirán remitirnos por anticipado su importe.

Los lectores de provincias añadirán 0,50 para franqueo y certificado.

„PRANA“ SPARKLETS



Aguas gaseosas puras y toda clase de espumosos se preparan en casa con **Sparklets** ó sifón „Prana“, obteniendo agua gaseosa más pura y más barata que la que se puede adquirir por los medios usuales.

Depositario general: Antigua casa en batería de cocina
JOAQUÍN RIPOLL Y COMPAÑÍA
COSTANILLA DE LOS ANGELES, N.º 4 DUP., MADRID

De venta en ferreterías y farmacias, á pesetas 6,75 sifón.
CAJA CON 12 CÁPSULAS, 1,80 ENVÍOS A PROVINCIAS



Perfume **CAKE-WALK Ruy-Ram** EL MÁS NUEVO Y PERMANENTE
PÍDASE EN TODAS LAS PERFUMERÍAS

VENTILADORES ELÉCTRICOS

desde 25 pesetas
No comprar sin ver los que vende **JOSÉ ORUETA**

NÚÑEZ DE ARCE, NÚMS. 7 y 9 (ANTES GORGUERA)

CARAMELOS DE AGRAZ ESPECIALES DE LA CASA **ROLDAN**
35 CALLE DE CARRETAS 35

TÓNICO MUSCULAR **FORMIATO GRANULADO BELLOT**
Hortaleza 17, Farmacia

Retratos al óleo, desde 15 pesetas
35 x 50 cm. Lecc. dib. y pint., 10 ptas. Iluminaciones. Alcalá 12, 2.º

LUIS VILLEGAS (HIJO), ECHEGARAY 12
Guarnicionero de artículos de caza y viaje.

Porta-mantas Iona Habana, desde 12 pesetas. - Porta-paraguas, 7 pesetas. - Saco de mano, desde 12. - Cinturones para caballero y niño, desde 1 á 25 pesetas.

Consultorio Grafológico GRACHTNER

==== Respuestas ====

Fortunata. — Educación moral muy cuidada; el sentimiento del deber contrarresta lo que hubiera en su carácter de excesivamente apasionado; corazón sensible; naturaleza desprovista en absoluto de egoísmo; inteligencia clara; espíritu fino; gran prudencia, no desprovista de sinceridad; generosidad excesiva; disposiciones poco comunes para los quehaceres domésticos; conciencia bien equilibrada; satisfacción de su persona y de su situación actual; salud poco dada a enfermedades.

Estoy de acuerdo con el tratado de grafología que consultó usted años pasados, y en el cual, estudiando los rasgos de su escritura, encontré usted analogía entre su carácter y el carácter alemán.

En efecto, la pasión, el sentimentalismo, la ternura exquisita, rasgos que, unidos a la severidad moral y cualidades domésticas, forman el carácter de la mujer alemana y la hacen entre todas reina del hogar, se encuentran en su letra.

Regina Amparo, Madrid. — Inteligencia clara; cultura poco extendida; bastante imaginación; impresionabilidad combativa; carácter que se entusiasma fácilmente, pero que se deja abatir al menor obstáculo; constancia en sus afectos; temperamento sanguíneo; propensión a la economía; gran amor al dinero; conciencia ancha. No sabiendo qué obra es la por usted emprendida, no puedo augurar nada con respecto a ella.

Clavellina. — Carácter vanidoso sin medida; temperamento muy sanguíneo y material; espíritu acaparador; aficiones por la buena comida; naturaleza apasionada en extremo; actividad física; tenacidad en la resistencia; voluntad despótica; culto del recuerdo; buen gusto artístico.

Dario Ernest, el de la pipa. — Espíritu muy cultivado; imaginación graciosa; carácter a la vez sincero y discreto; voluntad tenaz con accesos de impaciencia; naturaleza buena y tierna, capaz de desvelo; excelente gusto artístico; cierta debilidad por los placeres de la mesa; criterio muy justo; deseo de proteger y amparar, no desprovisto de cierta vanidad; espíritu combativo; inteligencia verdaderamente privilegiada; temperamento sanguíneo.

F. Mir y Vila. — Complacencia excesiva de sí mismo; equilibrio en las facultades; imaginación muy viva; voluntad pacienzuda; ambición; conciencia escrupulosa; espíritu combativo constantemente en defensa; salud bien equilibrada; temperamento muy sensual; gran prudencia; ninguna expansión.

J. M. Masana. — Conciencia justa y generosa; voluntad constante; gran deseo de adquirir; carácter nada expansivo; amabilidad; gran prudencia en los negocios; disposiciones notables para el comercio; desvelo que quiere ser correspondido; temperamento material; ligero cansancio físico; actividad bien reglada.

L. M. V., Madrid. — Sensibilidad exquisita; naturaleza bastante interesada en cuestiones de dinero; constancia en amor; voluntad obediente; poca expansión y sólo con los extraños; espíritu seductor; inteligencia clara y buen grado de cultura; naturaleza inmaterial; delicadeza; ternura; temperamento débil.

Inlecia. — Carácter muy satisfecho de sí mismo; espíritu fino; impresionabilidad; temperamento nervioso; discreción. Con tan poca escritura me es imposible hacer su retrato grafológico sin incurrir en error; necesito una carta larga y firmada.

Confucio, Madrid. — Carácter alegre; excitación; gran lógica; actividad precipitada y voluntad indecisa; franqueza y expansión; sensibilidad exagerada; temperamento inmaterial; conciencia ancha y generosa; gran impresionabilidad; temperamento poco vigoroso; nervios excitados.

Cotorrita, Madrid. — Inteligencia cultivada; sensibilidad que se domina; gran actividad; voluntad seguida; impresionabilidad que se combate; lealtad; satisfacción de sí propio; criterio seguro; generosidad prudente.

Tirsi. — Tengo en mi poder la carta de usted firmada Tirsi; pero no he recibido cartas con los pseudónimos de Lenio y Pepita; sin embargo, revisaré de nuevo las cartas contestadas, por si las a que usted se refiere se hubieran extraviado entre mis papeles. Naturaleza muy sensible; inteligencia viva; espíritu cultiva-

do; mucha amabilidad en el trato social; amor al dinero; equilibrio en las facultades; lógica poco común; voluntad dulce; constancia a toda prueba; corazón en exceso tierno y bondadoso; aptitudes organizadoras; temperamento muy equilibrado; deseo de hacerse simpático y de seducir a cuantos le rodean, por la exquisita cortesía hija de la bondad de su corazón.

Cuatro-blanca, Sevilla. — Sensibilidad que se modera; espíritu muy cultivado; imaginación graciosa; temperamento bien equilibrado; bastante lógica; cierta desconfianza; aficiones de gastrónomo refinado; habilidad manual; voluntad seguida, con veleidades de dominación; mucha intuición.

Un pesimista. — Grandes aptitudes organizadoras; temperamento sanguíneo; la razón en usted domina los impulsos del corazón; gran constancia en sus afectos; habilidad para no dejar ver sus impresiones; voluntad seguida y bastante enérgica; tendencia a la exageración; economía bien entendida.

Teresa, Madrid. — Propensión a los celos; naturaleza un poco egoísta, que ama a los demás a través de sí misma; grandes aptitudes para las labores domésticas; coquetería; amabilidad; prudencia excesiva; naturaleza alegre; salud bastante resistente, a pesar de su temperamento poco vigoroso.

Emilio Aso. — Sensibilidad moderada; afición a discutir; generosidad en la economía; bastante cultura; sinceridad nativa; prudencia adquirida; gustos finos y delicados; naturaleza armoniosa e inmaterial; conciencia recta.

Cupido. — Sensibilidad que cae en la susceptibilidad; lógica; gran deseo de adquirir; gran prudencia en negocios; habilidad para el comercio; naturaleza que se doblega fácilmente; voluntad constante, pero poco enérgica; amor a la discusión; conciencia ancha; conocimientos variados; grandes facilidades de asimilación; temperamento nervioso-sanguíneo.

Microbio. — Inteligencia muy clara; gran cultura; buen gusto artístico; aptitudes organizadoras verdaderamente notables; carácter franco, a la vez que muy prudente; buen criterio; voluntad dominadora con accesos de indecisión; temperamento muy sanguíneo; buena memoria; desconfianza; generosidad que sabe contar; conciencia recta; amor al confort; amabilidad; equilibrio perfecto en las facultades.

Maria Guillerma. — Carácter seguro; educación moral bien cuidada; conciencia muy estrecha; naturaleza bastante orgullosa; gran generosidad; mucha actividad física; sensibilidad apasionada; carácter que no revela nunca las impresiones que le agitan; gran habilidad manual; sentimiento del deber; imaginación muy viva e inteligencia desarrollada; deseo de proteger; bondad orgullosa; espíritu seductor.

Nenúfar. — Sensibilidad que se combate; carácter muy expansivo, sobre todo con los extraños; inteligencia viva; precipitación; gran impresionabilidad; altruismo; propensión a la mentira por exageración; temperamento poco vigoroso; conciencia generosa; voluntad débil.

Un venezolano. — Naturaleza apasionada y sensible con exceso; conciencia escrupulosa; voluntad emprendedora con rasgos de despotismo; satisfacción de sí mismo; naturaleza alegre y bien equilibrada; deseo de hacerse simpático; buen grado de inteligencia y de cultura; temperamento sanguíneo y muy material, con una predilección muy marcada por los placeres de la mesa; espíritu combativo.

Barca IX. — Sensibilidad que se combate; bastante vanidad; noto en su letra una excitación nerviosa muy marcada; carácter muy expansivo; conciencia recta; voluntad débil e inconstante; mucha intuición; buen gusto artístico; el estado de salud deja bastante que desear.

Carlos Hache. — Buen grado de inteligencia; gran cultura de espíritu; imaginación graciosa; habilidad; voluntad bastante pacienzuda, pero propensa a fluctuaciones e intermitencias; corazón bondadoso; temperamento bien equilibrado; sinceridad prudente.

297

300

EL ÁGUILA
 GÉNEROS DEL PAIS Y ESTRANJEROS

BARCELONA. PLAZA REAL 13. Teléfono 2014

SEVILLA. CALLES SIERPES, 72. Teléfono 18.

MADRID. PRECIADOS 3. Teléfono 661

MÁLAGA. GRANADA, 63. esquina Mendizábal

VALENCIA. PLAZA VALLEJO, número 10. Teléfono 531

VALLADOLID. SANTIAGO, 57. Teléfono 156.

CADIZ. C. S. FRANCISCO, 25.

ZARAGOZA. PLAZA INDEPENDENCIA

MARCA REGISTRADA

ALMACENES DE ROPAS HECHAS

Calle de Preciados, núm. 3 - MADRID